

quienes se han mantenido en este caso la mayoría de las conversaciones.

Göltenboth señala que en Cuba los santeros visitan a los artistas en sus ateliers y discuten con ellos, y que los simposios sobre los cultos afrocubanos no se hacen sobre los sacerdotes y practicantes, sino junto con ellos. Esto, que seguramente es una característica peculiar de la sociedad cubana en el ámbito sobre todo urbano, transmite una idea errada de la práctica de estos cultos en gran parte del país. “Cuba” es utilizado como una etiqueta que da la idea de una homogeneidad que no existe en la realidad. Las diferencias existentes entre las ciudades de mayor población (La Habana y Santiago) y el resto del país con respecto a la práctica de estos cultos son considerables. Con escasas excepciones – por ejemplo, las investigaciones sobre Cuba central de Jesús Fuentes Guerra y Armin Schwegler, *Lengua y ritos del Palo Monte Mayombe. Dioses cubanos y sus fuentes africanas*. Madrid 2005; y Silvina Testa, *La “lucumisation” des cultes d’origine africaine à Cuba. Le cas de Sagua la Grande*. *Journal de la Société de Américanistes* 2005/1: 113–138 – los investigadores se concentran en el ámbito urbano y en los santeros de los estratos intelectuales y proyectan los resultados obtenidos a todo el país. ¿Pero es esto metodológicamente correcto? Uno de los principios de la investigación antropológica es la identificación de las fuentes y del contexto en el cual se obtuvieron las informaciones. Un caso ilustrativo son las interpretaciones de una santera blanca de Santiago de Cuba, que se refiere a un tema central de esta monografía: los objetos de plástico que representan a deidades (98s.). Esta comentarista conoce a dicha santera, y cree que el hecho que además de serlo, sea también licenciada en historia colonial es absolutamente digno de mención. Una santera rural hubiera hecho posiblemente otros comentarios, ya que generalmente los practicantes rurales ni visitan a los artistas en sus ateliers ni participan en simposios. Con respecto a Cuba sucede entonces que La Habana representa *pars pro toto* a todo el país, lo que produce una homogeneidad artificial y recuerda, en otro orden de cosas, lo que sucede con Alemania, donde Baviera es presentada para el turismo como un emblema de todo el país.

Este trabajo, que suma a su original punto de partida metodológico un estilo excelente, no habitual en monografías antropológicas, se ve enturbiado por la negligencia en lo referente al uso del español. Las citas poseen todos los errores posibles: ortográficos, de acentuación, falta de “ñ” (incluido algún caso infeliz, como “cumpleanos”). Lejos de tratarse de casos aislados, los errores son aquí la norma, y en algunos casos alcanzan involuntariamente la caricatura (“chefe” por “jefe”, “moncha” por “monja”).

Estas carencias lingüísticas se reflejan dramáticamente en la bibliografía. En Cuba, como en la mayoría de los países centro – y sudamericanos, existe la costumbre procedente de España, de utilizar ambos apellidos (paterno y materno), en primer y segundo lugar respectivamente. El desconocimiento de este hábito hace que, en la bibliografía, los nombres de autores cubanos sean a veces irreconocibles: por ej. el apellido Duharte Jiménez apa-

rece como Duharte, y el apellido Jiménez aparece como nombre de pila. Si bien esto permite al menos hallar al autor en la bibliografía, esto no es posible en los casos en que se cita a un autor por su segundo apellido, funcionando el primero como nombre propio (Julio Corbea Calzado se convirtió así en Calzado, Julio Corbea). No atribuible al mayor o menor conocimiento de la autora del español es que en algunos casos a un autor se lo cite sólo por el apellido (Nuñez-Molina) y que algunos autores mencionados en el texto falten en la bibliografía. (Si no me equivoco, el lector tampoco se entera en qué años la autora recogió los materiales que presenta, recién en la página 101, se lee en una nota a pie de página que una de las estadias en Cuba tuvo lugar en 1999.)

Se halla lejos de la intención de esta comentarista el pretender que no se cometan errores en una lengua que no es la materna (lo que bien conoce con respecto al alemán), pero se trata de carencias fácilmente subsanables de haber mediado una consulta con español-hablantes, que seguramente no faltan en Munich. Estas carencias muestran también la actitud descuidada de la editorial responsable, que nos tiene desde hace años acostumbrados a la publicación de manuscritos tal como son entregados, es decir, a la falta de lectorado (hay que hacer la salvedad que, con excepción de este caso, se trata siempre de monografías escritas en alemán). Es lamentable que sean justamente las editoriales dedicadas a las ciencias sociales las que se conviertan en empresas cuya tarea se reduce a formatear el texto y vender el producto terminado.

Si bien la peculiar relación existente en Cuba entre arte y religión era ya visible anteriormente, el valor de esta monografía radica justamente en el análisis profundo de las influencias mutuas y el enriquecimiento que surge entre los dos términos de esta relación. En opinión de la comentarista, esta obra, entregada como disertación en la Universidad de Munich, es la más original de las publicadas en Alemania hasta la fecha sobre temas del Caribe. El que sea asimismo una “declaración de amor” a la gente de Cuba, como escribe su autora (25), no aumenta quizás su profundidad investigativa, pero la empatía profunda que se desprende de cada página y de cada retrato de un santero enriquece indudablemente el análisis e inspira la admiración del lector por un libro escrito también desde el afecto.

María Susana Cipolletti

**Grabner-Haider, Anton** (Hrsg.): *Kulturgeschichte der Bibel*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2007. 487 pp. ISBN 978-3-525-57309-9. Preis: € 39,90

Kulturgeschichte behandelt nicht einen Teilaspekt geschichtlichen Geschehens. Sie ist deshalb nicht der Geschichte von Politik, Krieg, Wirtschaft und Gesellschaft gegenüberzustellen; sie versteht sich vielmehr als eine Synthese, der es darauf ankommt, Geist und Lebenswelt einer Gesellschaft und Epoche sichtbar zu machen. Ausgegangen wird dabei von der Lebenswelt, wie sie von der Kulturanthropologie erfasst wird. Soziale Schichtung, Verhältnis der Geschlechter, Formen politischer Herrschaft, Formen der Wirtschaft, Weisen der Welt-

deutung und moralischen Orientierung stehen demgemäß im Vordergrund. Ältere Vorbilder dieser Zugeweise sind etwa Alfred Bertholet, "Kulturgeschichte Israels" (1919); Ludwig Köhler, "Der hebräische Mensch" (1953) und Carl Schneider, "Kulturgeschichte des Hellenismus" (1967, 1969).

In neuerer Zeit ist besonders Gerd Theißen mit Werken zur Kulturgeschichte des frühesten, im Neuen Testament greifbaren Christentums hervorgetreten. Solche Werke weisen ein unterschiedliches Niveau theoretischer Integration auf; am einen Ende stehen Werke, die verschiedene Aspekte nebeneinander stellen, am anderen Ende Versuche, den Stoff mit Hilfe einer einheitlichen Theorie zu durchdringen und darstellbar zu machen. Das vorliegende Buch bewegt sich auf einem mittleren Niveau, so dass der Stoff weder nur in Einzelteile zerfällt, noch eine streng durchgeführte Systematik erreicht wird. Dadurch bleibt der Leser gewissermaßen frei – er wird weder zu sehr gelenkt, noch bleibt ihm die Deutung einfach selbst überlassen. Der alttestamentliche Teil, gipfelnd in den schönen Kapiteln "Kulturgeschichte Israels" und "Herrschaft und Heilsversprechen", ist etwas deutlicher integriert als die neutestamentlichen Teile, doch auch hier bieten die Kapitel "Jüdische Kultur im 1. Jahrhundert" und "Christliche Lehre und Lebensform" interpretatorische Höhepunkte. Mehrere Schwerpunkte der Interpretation treten deutlich hervor: "mosaische Unterscheidung" und "mosaische Wende" (in Anlehnung an Jan Assmann formuliert) sowie "christologische Differenz".

Den größten Teil der fünfundzwanzig Kapitel hat der Grazer Religionsphilosoph Anton Grabner-Haider selbst geschrieben; kleinere Teile stammen von anderen Autoren: Peter Haider schreibt über das alte Ägypten, Karl Prenner über Persien, Johann Maier über Entstehung und textliche Bezeugung der Bibel und Karl Matthäus Woschitz über das johanneische Korpus des Neuen Testaments. Das von Grabner-Haider geführte Autorenkollektiv hat gute Arbeit geleistet. Ich kann mir gut vorstellen, dass ein Werk wie das vorliegende innerhalb der europaweit an den Universitäten einzurichtenden Bachelor- und Magister-Studiengänge sehr gute Dienste leisten wird. Der kulturgeschichtliche Ansatz, die Berücksichtigung gerade auch neuerer Forschung, und nicht zuletzt die angenehme und verständliche Sprache prädestinieren die "Kulturgeschichte der Bibel" dafür, als Lehrbuch zu dienen. Bernhard Lang

**Grinev, Andrei Val'terovich:** *The Tlingit Indians in Russian America, 1741–1867*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2005. 386 pp. ISBN 978-0-8032-2214-4. Price: £ 35.95

This ethnohistorical work concerns transformations of the Tlingit indigenous culture that occurred in the course of the colonial period, in particular during the Russian rule of Alaska. Although the history of the Russian colonization of Alaska has been relatively well researched, many aspects of the intercultural contact in that region still remain to be clarified. Grinev's book,

which is based on a wide range of published and unpublished sources as well as on the existing scholarly works, addresses and partly fills those lacunae. As such, the book is a contribution to the steadily growing body of professional and popular literature on the subject – something that became possible due to the better accessibility to Russian archives after the Cold War. Some of those works, however, contain striking factual and interpretative inconsistencies, which Grinev's book is meant to address and correct.

Structurally, "The Tlingit Indians in Russian America" is divided into introduction, in which Grinev thoroughly discusses his sources, and three extensive chapters divided into 5–7 subchapters. The internal organization of the first and the third chapter, devoted to the "traditional" and the postcontact culture of the Tlingit, respectively, follows the division of culture into "material," "social," and "spiritual." Chapter 2 recounts the history of the European exploration and colonization of the Tlingit territory.

In a manner of many ethnographic monographs, Grinev begins his discussion of the precontact culture of the Tlingit by placing it within its geographical context. He thus identifies the geographical location of that indigenous group at the end of the 18th century – that is, at the onset of the Russian exploration – and describes the environmental characteristics of that part of North America. The author then turns to more particular matters, such as the "anthropological type" of the Tlingit, their linguistic affiliations, internal divisions, and demographical issues. Although Grinev's analysis of the "specific" racial features of that indigenous group seems a little obsolete, his analysis of the dynamic of interethnic frictions, expansions, and assimilations – and hence formation of new ethnic units that cannot be classified into neatly-cut categories – is particularly interesting in this part of the book. The next three sections of the first chapter concern the "material" aspects of the "traditional" Tlingit culture – that is, their economic activities, technology and tools, clothing, food production, dwellings and settlements, but above all the "prestige economy" – the phenomenon found also among other indigenous peoples of the Pacific Northwest. Surprisingly, only in this subchapter Grinev presents the theoretical premises of his work by giving the reader a brief lecture on Marxist historical materialism.

The discussion on the prestige economy is simultaneously an introduction to the section on "social culture." Here, Grinev describes the social structure and the institution of family among the Tlingit, and analyzes the role of war in that society. He intends to reconcile two contradicting opinions on that last topic (war was essential for the local economy vs. minimal economic function of war), and concludes that although the Tlingit were indeed bellicose, their society lacked war-related institutions, such as permanent warlords.

In the section concerning the spiritual aspect of the Tlingit culture, Grinev covers such diverse topics as the conceptions about the structure and nature of the universe and its phenomena, personal names, morals, and folk-